

GÈNESI. VALL PALOU

Gènesi alberga una buena parte de la obra realizada por Vall Palou durante los dos últimos años: gofrados, litografías y las xilografías del libro de artista *Sobre amor*, con seis poemas de Vicenç Altaió. Conviene considerar esta génesis desde un doble sentido: las obras expuestas representan un nuevo giro en la creación de la artista y, a la vez, invitan a ser interpretadas como una correspondencia plástica con los fenómenos físicos, químicos y biológicos que han dado tiempo y espacio al Universo.

Los gofrados, con el título “Germen”, encadenan seis momentos de la expansión del Universo, como testimonio de los graduales nacimientos que conforman el cosmos. *El big bang* (o, mejor dicho, la expansión), con su largo y continuado proceso de caos y orden, da lugar a las seis litografías de “Radiacions“, que recorren el paso de la energía a la materia hasta convertirla en memoria. Por contraste, la litografía “L’ull del blau“, que cierra la exposición, se pregunta sobre nuestro lugar en el mundo desde una figuración casi naturalista. La geometría de la sala concede el centro a *Sobre amor*, los dos únicos ejemplares del libro hecho conjuntamente por Vall Palou y Vicenç Altaió; me gusta observarlo como una indicación de lo que tal vez nos justifique como seres humanos en medio de tantas galaxias y partículas.

Los conocedores de la trayectoria artística de Vall Palou posiblemente se sorprenderán de la prioridad que esta obra reciente otorga a técnicas muy alejadas de sus constantes como pintora. Ha prescindido de las texturas compactas tan características de sus cuadros, ha dejado de mezclar muchos colores, ha excluido la atracción táctil de las numerosas capas con que, casi obsesivamente, llena y esconde el lienzo. Los gofrados, las litografías y las xilografías obligaban a un proceso de desnudamiento y esencialismo que implicaban, forzosamente, una nueva perspectiva y un cierto cambio estilístico.

Sin embargo, la nueva perspectiva no contradice el principio que rige toda la creación de Vall Palou. En ningún caso su arte acepta la coacción de un límite; es así

porque su pintura ha rehuido siempre cualquier dependencia de las lindes del dibujo y porque rehúsa de antemano toda subordinación a un motivo inicial. Se trata de una obra que declara la plena autonomía del lenguaje plástico, atento tan solo a las transformaciones del trabajo—entendido como una tarea paciente y no como el trazo de un gesto espontáneo—y a la exploración de las combinaciones de los colores, las texturas, las materias... sin contratiempo alguno o frontera.

Además, el uso de diversas técnicas de grabado no supone en esta exposición el deseo de multiplicar la obra, de realizar un determinado número de copias. Contrariamente a lo que ha sido costumbre entre muchos artistas desde el expresionismo abstracto o, más adelante, desde el pop art, Vall Palou opta por crear un solo original. Cada gofrado, cada litografía, cada xilografía son el resultado de un esfuerzo único e irrepetible. Hay que interpretarlo como otra prueba de la actitud estética de la leridana, fiel a una concepción del arte como hecho singular, que ha de superar el tiempo inmediato para ser reconocido por el juicio de las generaciones venideras.

Analizando la reproductividad técnica que caracteriza el mundo contemporáneo, Walter Benjamin ya se planteaba la imposibilidad de una reproducción perfecta. Es cierto que la fotografía y el cine cambiaron la definición de arte, pero el aura de la obra única, el prestigio de la recepción individual y la importancia del momento creador han sobrevivido, a pesar de la fidelidad a la obra matriz de la tecnología actual. Vall Palou comparte la opinión de los que exigen la originalidad en cada acto artístico.

Las consecuciones de la aventura creadora de la leridana no quieren esconder, por otro lado, el camino que la artista recorre: si en otras épocas las manchas se insertaban a manera de signos del resultado final, hoy son las arrugas las que nos hablan del diálogo activo con el soporte. El proceso agrupa y no elimina, ya que, al fin y al cabo, lo que interesa es doble, tanto el desarrollo como, sobre todo, el punto de llegada: una aventura, una exploración, una especulación artística, sin estaciones y sin mapa de carreteras.

Por todo ello, ante de la obra de Vall Palou, sólo puede hacerse una lectura metafórica, lectura que, se quiera o no, traicionará el lenguaje plástico en la medida en que se busque encajar una interpretación verbal y, por tanto, racionalizadora. Es un problema general de la crítica de arte, pero, en casos como en el de la autora leridana, el comentario alcanza una condición más transgresora, si tenemos en cuenta la distancia entre el itinerario del artista y el curso o discurso de su espectador. Hará falta, pues, pedir disculpas porque esta glosa deja a un lado muchas otras posibilidades explicativas.

Las litografías de “Radiacions” repasan la expansión del universo, desde aquella confusión inicial que, según la Biblia, aún no había separado la luz de las tinieblas. La primera de la serie presenta la enmarañada confusión de la energía cósmica, el no-tiempo y el no-espacio primigenio, antes de la efusión que una pérdida repentina de temperatura y de densidad provocó. En la linealidad cronológica con que las observamos, la segunda obra y la tercera muestran sendos momentos del estallido o emisión, lo que sólo se anunciaba en la anterior. Esta especie de barreno extenderá así, en un informe campo de batalla, las fuerzas nucleares, la gravedad y el electromagnetismo.

De la vaina cada vez más inmensa se irán desgranando fusiones termonucleares. Podemos entender la cuarta litografía como una instantánea del orden y el caos fugaces del universo mil millones de años después del *big bang*. Contemplamos en esta litografía –equilibrio inestable fruto de un número casi infinito de radiaciones– el extraño laberinto de las galaxias y las estrellas. En uno de los minúsculos granos nacerá el agua, esto es, la vida, tal como se manifiesta en la quinta obra, donde ya pululan y dialogan muchos seres. Cierra la suite la reflexión caligráfica del ser humano, que lo vive entre la admiración y la angustia y que lo mediante la escritura o, generalizando, mediante los rasgos del arte.

Si cabe establecer el paralelismo, recorreremos gracias a “Radiacions” lo que Yuval Noah Harari sintetiza acerca de la historia del universo, una historia de casi catorce mil millones de años, originada por la implosión de una burbuja minúscula. Surgieron la materia, el espacio y el tiempo, eso que llamamos física. Más adelante, la energía y la materia empezaron a unirse y a combinarse: he aquí el objeto de la química, que estudia los átomos, las moléculas y sus interacciones. Incluso, más adelante, y en un rincón casi invisible del Universo –nuestro planeta–, surgirá la vida. La Tierra se transformará poco a poco, con una complejidad creciente, hasta que la naturaleza origine la cultura: de la existencia de los seres a su comprensión: la biología y a la larga, la historia.

De aquella efusión de energías y materias, que transita arriba y abajo del tiempo y del espacio, brotó pues toda la pluralidad de los organismos y el ciclo de nuestra naturaleza. No es que Vall Palou enfatice el papel del agua en este nacimiento, en comparación con la mayoría de interpretaciones científicas, filosóficas y hasta mitológicas. La artista ha profundizado en lo esencial de la existencia y, en consecuencia, los gofrados de “Germen” –que hay que situar en medio de **Gènesi** y en estrecha, recíproca unión con “Radiacions” –se ciñen a la vertiente telúrica. Más particularmente, se centran en el desarrollo de la vida en nuestro planeta. Lo hacen, sin embargo, prestando atención al espacio: la raya negra que da solidez y establece claramente la dualidad entre cielo y tierra.

Con todo, la obra de Vall Palou no recalca lo que aquél, el cielo, tiene de luz y claridad y ésta, la tierra, de sombra y oscuridad. Tampoco se ocupa de la masculinidad, Urano, y de la femineidad, Gea, o de los quebraderos de cabeza que, siglos después, el ser humano sufrirá en sus difíciles relaciones con los dioses. Ninguna simbolización por medio del huevo roto por Pangu de la mitología china, o de la serpiente cósmica del brahmanismo, ni ninguna mención del pájaro Apep, de Horus y de las divinidades egipcias, le son necesarias: Vall Palou siempre crea sin buscar la ayuda de referentes culturales, religiosos o filosóficos. Los percibimos si acaso como un ingrediente digerido mucho antes de la creación de la obra o los añadimos quizás en la interpretación ulterior.

De hecho, la visión de “Germen” y por tanto de Vall Palou es esencialmente biológica. Por eso, no puede extrañar que “Germen” ofrezca una sintaxis más concatenada y una disposición de elementos sino más simple, al menos más desnuda, de la realidad, que “Radiacions”. La horizontalidad y la verticalidad se revelan claramente, y todo tiende a explicarse según ya nos habían enseñado Lamark y Darwin, pero también Wallace y de Vries. El nacimiento de la vida no deja de ser una victoria del orden sobre el caos, aunque, a fin de cuentas, haya sido el resultado de un magma en conflicto.

Por comparación con lo que “Radiacions” nos muestra, los gofrados de “Germen” nos enseñan el latido más pausado de la Tierra, por más que tanto su existencia como la del universo entero requieran la envoltura sin límites del vacío. No me atrevería a apelar a la *harmonia mundi*, pero hay, en “Germen”, unos acordes más acompañados, una nitidez que no preocupa a la mirada. Al contrario, la anchura del continente y la disposición del contenido hacen que los ojos reposen en el todo y en la nada, lejos por completo del conflicto originario.

Aunque sea porque partimos inevitablemente de nuestra condición humana, conviene subrayar el lugar axial que “Germen” ocupa en la disposición de **Gènesi**. Por medio del emparejamiento de las obras y de la colocación en un bloque autónomo, se enfatiza la diversidad y al mismo tiempo la unidad de la pesquisa, hasta ir a recaer en el ser humano. Así, el quinto y el sexto gofrados establecen una interlocución más particular con la litografía “L’ull del blau”, que cierra la exposición. No se apartan sin embargo de las alusiones más universales de la serie de “Radiacions”, si bien las circunscriben a nuestra realidad y a nuestra especie.

Buscando la ayuda de autoridades en el conocimiento cosmogónico, encuentro unas afirmaciones de Albumansur que combinan muy bien con la concepción de Vall Palou: de la misma manera que los planetas, “las generaciones y las alteraciones de las cosas de la Tierra nunca se detienen” (*Introductorium in Astronomiam*), es más: siguen

una línea evolutiva que admite la deriva genética y tal vez la influencia del azar. Tanto “Radiacions” como “Germen” ponen de manifiesto el dinamismo cambiante del Universo y de la Tierra, a pesar de que sólo puedan plasmar algunos instantes.

Los dos primeros gofrados de “Germen” remiten a la vida primigenia. Imaginamos ver organismos unicelulares (bacterias, protozoos...) o fisiones cromosómicas de una complejidad todavía muy escasa. Es posible que las dos obras siguientes refuercen la diversidad y multiplicidad de la evolución, porque en ellas sabemos encontrar la combinación corpuscular. Por fin, la pareja de grabados que cierran la serie nos ofrecerán, uno, el último estadio de la linealidad y la circularidad de la existencia, y el otro, el vigor humilde de una rama a modo de metonimia y símbolo de la viveza vegetal: tanto las marcas del itinerario humano como las huellas de todo tipo de seres. El ciclo del oxígeno. El ciclo del carbono. La fotosíntesis. La respiración.

Recuerdan, estos gofrados con la raya negra hecha con xilografía, la técnica perfeccionista de los calígrafos chinos, maestros en el gesto de la escritura y dueños de la proporciones entre los signos y la nada. Vall Palou coincide con ellos seguramente en la búsqueda de equilibrio e incluso se hermana con la serenidad de su mirada. Es cierto que no deja ninguna grieta existencialista o pesimista en esa visión global de la vida en la Tierra. Tenemos que ir a encontrarla, dicha fisura, en el último capítulo de **Gènesi**: la litografía “L’ull del blau” se emparenta más estrechamente con la creación habitual de la artista y, por tanto, comunica –ahora sí– las dudas, las desazones, las obsesiones características de su pintura.

Únicamente en la oscuridad podemos entrever la luz. Palpamos en la insistencia, en la obsesión que llena de trazos la obra, la búsqueda imposible de la calma. La tranquilidad sólo sería la fuente escondida o, quién sabe, el reposo sería quizás un sorbo, un poco de agua fresca. Se detendrían entonces el camino de los astros y el curso inexorable del tiempo. Pero en el atiborramiento de “L’ull del blau” –y, sobre todo, en razón de los escasos claros circulares de su espeso bosque – se me viene a la mente la imposibilidad del deseo: ¿dónde se oculta la flor azul?

Ya la había buscado inútilmente el romántico Novalis, no en vano escribió el *Himno a la noche*. “L’ull del blau” culmina **Gènesi** aportando el testimonio de la zozobra y la inquietud humanas, el fruto de un examen a ciegas. Contemplamos una y otra vez las tinieblas. De ahí que, con palabras del poeta alemán, “más celestiales incluso que todas sus estrellas chispeantes nos parecen los interminables ojos que la interminable Noche abre en nosotros”. Son los ojos que miran la hondura inextricable del universo y del mundo. Desde la insignificancia de nuestro ser, el “Germen” y las “Radiacions”.

Energía y materia, caos y memoria, nada y vida, ausencia de vida (o de espacio) y presencia de espacio (o de tiempo). El grosor de nuestras inquietudes no hunde las inmensidades, desérticas, del todo y la nada. No puede existir un acuerdo bien acompasado entre nuestra pequeñez y lo que tiende a la infinitud, pero, si la casualidad fundamenta la causalidad, tenemos que ir a parar a la columna vertebral de la sala, a la vitrina donde se exponen los dos ejemplares de *Sobre amor*, xilografías de Vall Palou y poemas de Vicenç Altaió.

Abrir las maderas que forman la cubierta de *Sobre amor* convida a una lectura sobre todo táctil, a un acercamiento de las pieles. Fiel a sus criterios, Vall Palou no quiere disimular la dificultad del oficio: por ejemplo, la encuadernación y la posibilidad de hojear el libro, las dimensiones un poco distintas por haber sometido los grabados a altas temperaturas, las consecuencias de la presión sobre el papel... atestiguan la pulcra, rigurosa labor del artista artesano. Y es que, como sostenían los clásicos, el *ingenium* no puede presidir del *ars*: nunca la creación puede presidir de la técnica.

Asimismo, la creación exige, o al menos lo pide, un hilo conceptual conductor, que garantice el resultado final o que explique a posteriori el proceso. En eso radica la verdadera originalidad. Dos voces, dos códigos distintos han de conjuntarse en este libro de artista. Tanto Vicenç Altaió como Vall Palou parten en su diálogo de sendos viajes a Marruecos y procuran injertar sensualidad a los poemas y a los grabados sobre

madera. Las sintaxis de los dos lenguajes se ligan y se ayudan mutuamente merced a esa común voluntad, verbal y cromática, y sobre todo gracias a una profundización que no distancia la propuesta de uno de la propuesta del otro.

Altaió incluye referencias al lugar y no oculta las aventuras íntimas, personales del propio cuerpo: de esta manera vincula espacios externos a pulsiones internas, y viceversa. Las sensaciones fisiológicas y mentales se mezclan con el estímulo de los olores y los colores – calles, mercados, cuarto–. Eros no es más que una sinestesia total, la comunión de todo tipo de momentos, la cadena que argolla o enlaza la taquicardia discontinua de los placeres.

Por su parte, Vall Palou encuentra un relieve parecido en las gradaciones con que somete el rojo y el negro; posiblemente, la comunicación táctil del libro dependa de ello en un porcentaje muy alto. La conversación entre las palabras que leemos y las xilografías que miramos logra un buen número de matices, algunos por la herencia simbólica de los colores: la intensidad asociada con el rojo va cambiando, con el contrapunto debilitador y variante del negro. Al igual que el deseo, los colores –y las palabras –se enroscan, palidecen un poco antes de coger de nuevo fuerza y vigor... La telaraña de matices y formas va tramando la malla de las palabras.

En el conjunto de **Gènesi**, sin embargo, el concepto “amor” y el libro de artista están potenciados por una dimensión más general y prístina. De acuerdo con los fundamentos de la explicación occidental de la creación, el nacimiento de Eros fue tanto la consecuencia de la unión –permitidme la palabra– de Caos y Gea, como el motivo primero de la existencia de los dioses, de los hombre y de todo el Universo. Interpretado desde este ángulo, *Sobre amor* anuda toda la serie de estímulos cósmicos y les confiere una respuesta unificadora. Como mínimo, una armonía frágil y vacilante.

Leonardo da Vinci afirmaba que “la cosa más noble es la que tiene una perennidad más grande”. No sé cómo valorar la nobleza del origen del Universo y de la vida en la Tierra porque nuestros parámetros para juzgar no pueden justipreciarla; las

estimaciones humanas quedan enseguida sobrepasadas. Pese a todo, en su representación por parte de Vall Palou, se vela y se revela la nobleza de la ambición artística, la que corrobora la necesidad de conocer la realidad por el camino de ampliarla.

Formo parte de los que piensan que, para utilizar una milenaria alegoría, si Dios descansó el séptimo día fue para que los humanos continuasen la creación o al menos la prosiguieran intentando descifrarla. No han hecho otra cosa los científicos, los filósofos, los artistas, al bucear en los misterios que nos rodean y que nos hacen. No es menester asegurar que las artes plásticas extraen de lo incógnito virtualidades reales, bastante al margen del logos o del verbo demasiado rodeados por la razón. **Gènesi** nos incita a responder. A imaginar. A pensar desde el código icónico y libre de sus signos.

JOSEP M. SALA-VALLDAURA